

EMPRESARIOS, CON PERDÓN

Antonio Ávila Chuliá

Los hombres envejecen pero no maduran

Alphonse Daudet

Dispuesto a dar mi paseo matutino, me quedo unos instantes frente al espejo del recibidor, en esta ocasión, empujado por no se sabe qué idea, dilato más de lo habitual mi permanencia ante mi azogue habitual, mantengo la mirada con mayor curiosidad, la imagen reflejada es real, muestra inmisericorde el paso del tiempo, opacidad de la piel, tonos desiguales, manchas, ojeras, poros, arrugas enraizadas en el rostro, como surcos labrados, canas en el cabello..., buen quehacer del dios Crono.

A los empresarios, aunque sean emprendedores, los años también consiguen hacerles mella, no solo con la pérdida de la juventud, cosa harto frecuente y normal, sino muchas veces a las empresas, bien por falta de negocio o por carecer de la debida financiación; todos hemos sufrido, continuamos en ello, las diferentes fases de descomposición y abandono por la cuales hemos transitado de modo obligatorio en los últimos tiempos, a las que, en estos momentos intentamos plantarles cara como cada cual puede o entiende. Muchos son los empresarios que en la desigual lucha han perdido la ilusión, hecha girones, quedando tirado en el camino y dejando con ello de generar riqueza y puestos de trabajo. Otros prosiguen, empeñados en transformar la estructura económica del país, además, esto es lo bueno, convencidos que jamás van a conseguirlo. Los hay quienes dicen que, para la economía, el error tiene un precio, la mentira un coste.

Es difícil comprender como una parte de la sociedad, suele tratar al empresariado como una especie de delincuente, tramposo o defraudador, nacido para enriquecerse a costa de los demás; ello, en ocasiones, genera un desvarío persecutorio, lo cual a su vez crea en el empresario manía persecutoria, se siente confundido, con la extraña sensación que se le mira con ojeriza; pese a todo, buen fajador, nunca pierde la esperanza de lograr el éxito en su apuesta. La realidad es tozuda, desde siempre el mundo ha necesitado a los empresarios emprendedores, tanto es así que en la antigua Roma a través de sus empresas cumplieron con los objetivos marcados, aportando un inmenso caudal de servicios a la humanidad.

Pese a cuantos defectos y flaquezas se atribuyen a la vituperada clase empresarial, innegables alguno de ellos, tales como ser meticulosos, controladores, obsesivos y desconfiados respecto al dinero, dos son las columnas sobre las cuales se sustenta su tarea: “valor en la acción y sabiduría en la decisión”, esas son las líneas maestras trazadas desde tiempos pretéritos y no otras; desde entonces, los empresarios con sus innovaciones y la gestión del conocimiento han conseguido mayor eficiencia con mínimos recursos, eficacia para obtener lo deseado y mejora de precios, con resultados beneficiosos para todo el mundo. La gran mayoría de este colectivo no ha metido la mano en la caja de nadie, como hicieron algunos desaprensivos, al contrario, merced a sus empresas y patrimonio personal, cada vez más menguante con la funesta crisis que atravesamos, son los artífices de la creación de empleo, riqueza, en definitiva progreso. De

todos es sabido que los avales y créditos para poder ejercer con su negocio se respaldan con las propiedades que cada uno posee; con dichas garantías, jugándose el propio peculio, intenta conseguir beneficios, aunque no siempre es así; en lamentables ocasiones se pierde hasta la camisa, es llegada la hora con días de insomnio, llorera, desdicha familiar... frustración de una vida dedicada de modo incansable al trabajo. ¿Cuál es entonces la compensación esperada, el ego a satisfacer, la ilusionada meta a alcanzar? “No hay nada imposible, salvo lo que no puede ser”, señala el maestro Rafael El Guerra.

El empresario emprendedor no deja de ser un soñador, imaginativo, se impone retos, increíbles muchos de ellos, pero plenos de ilusión por establecer y regenerar el proyecto empresarial, alejados de modo invariable de la destrucción del empleo y sin dejar dormir en el olvido el asumir la realidad cotidiana. Idealistas, optimistas quijotescos piensan que en un gobierno democrático las leyes están ordenadas de conformidad con el bien público, nunca de acuerdo con las ambiciones de unos pocos.

Ha llegado el momento de hacer saber a quien corresponda, por medio de las asociaciones empresariales, cuantas quejas razonadas se estimen pertinentes, no son momentos de mutismos impropios en los tiempos que atravesamos, flaco favor haríamos a la sociedad con una actitud silente. Es tiempo de planteamientos claros, participativos, donde se destierre la excesiva burocracia, las rigideces obsoletas de papeleo en una sociedad moderna y avanzada; es ocasión para que desaparezcan esas sanciones económicas irracionales que perjudican el desarrollo de un sector por sí sumido de pleno en la crisis, donde tantos cambios han de producirse a corto plazo. Es oportuno mirar sin tapujos la realidad social en que vivimos, la continua sangría de cierre de empresas, el paro... Momentos para recordar a quienes proceda que el empresario es imprescindible en la tarea de lograr una sociedad próspera, libre y democrática, con una enorme labor pendiente a sus espaldas, sin dejar de lado el relevo generacional, nuestros jóvenes, que han de proseguir la ingente tarea cuando soplen vientos favorables, de modo que zarpen ilusionados por los procelosos mares de la economía sin temor, al fin y al cabo el éxito empresarial es cosa de tres, quien lo valora, el que lo facilita y quien lo trabaja. Marchemos en paz.